
Transiciones políticas y procesos de recomposición sindical en Argentina

Víctor de Gennaro*

Es una satisfacción estar nuevamente en México en esta convulsionada etapa y compartir no sólo con compañeros mexicanos, sino también con compañeros de otros países, esta nueva etapa que se presenta.

Estamos en crisis. Y creo que menos mal que estamos en crisis, porque nos están pegando tanto que, si no lo estuviéramos, tendríamos que preocuparnos.

Es bueno que el movimiento de los trabajadores esté en crisis y que el sindicalismo también lo esté. Pienso que estamos en una nueva etapa de la crisis, a diferencia de la crisis que en mi país y en el resto del mundo se ha advertido a partir de la instalación cada vez más clara de un proceso de concentración del capital como nunca habíamos experimentado.

Que hoy 258 personas con nombre y apellido tengan el mismo dinero que 2.600 millones de seres humanos en el planeta, demuestra que la tan mentada *globalización* no es otra cosa que la cáscara de algo más profundo que la acumulación de la riqueza en pocas manos.

Es un sistema capitalista, en otra etapa diferente y en donde se declara con una vitalidad y con un poder tremendo. Poder que no suelta. Pero que no es el mismo que tenía hace tan sólo una década atrás.

Hace una década atrás se dio una crisis también de retroceso en los estados y en los trabajadores frente a este avance; pero, aun así, muchos hasta lo bendecían y decían que era una *nueva etapa*, que era la *época del pensamiento único*, la *época del fin del trabajo*, etc.

* Secretario General de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA).

Era la época en donde se animaban a decir que se había acabado la lucha de las ideologías, donde no sólo se aplicaba a partir de represiones y genocidios como los que vivimos *sus* políticas -no democráticamente-, sino que además se animaban a ganarnos la cabeza. Y no solamente la cabeza de intelectuales, sino la cabeza y el sentimiento de muchos compañeros, de muchos trabajadores, de nuestros pueblos, que creían o que avizoraban que quizá había que hacer esto porque esto era modernismo y hasta podía ser la alternativa de la solución para nuestros pueblos y para la humanidad.

Era una aplicación sistemática de esta tarea de algunos que antes se señalaba y que quedó con interrogantes, pero también era la época de la aplicación clara de políticas que se basaban en el genocidio. Un genocidio evidente, que atacó a la clase trabajadora fundamentalmente como acá se establecía; pero además de los 30.000 desaparecidos hubo más de 100.000 presos, torturados, detenidos. Hubo más de 500.000 mil exiliados.

Siempre le estaremos agradecidos a un país como México que acogió a muchos de nuestros compatriotas.

Y hubo más de medio millón de dirigentes sindicales detenidos, de las fábricas, de las empresas y del estado.

Hubo un ataque a la estructura de poder del movimiento obrero organizado, que estaba peleando por una mayor tasa de distribución de ingresos y mayor protagonismo político.

Ese genocidio fue la base del actual genocidio.

¿Cómo no llamar genocidio planificado por desigualdad, a lo que hoy estamos viviendo en nuestros países?

En mi país se mueren 55 niños por día, menores de un año, por desnutrición, en un país que es exportador de alimentos.

¿Cómo no plantear que este retroceso que hemos tenido como clase trabajadora pasó de tener una participación en el ingreso en 1974 del 44% a hoy -los más optimistas hablan del 20%- de un retroceso real concreto, en la vida, en la calidad de vida y en la perspectiva y en el futuro de nuestros pueblos y de nuestros hijos? ¿Cómo no ver que ese retroceso hizo entrar en crisis al sindicalismo?

Sí que retrocede el poder de los trabajadores. Cómo no va a retroceder el poder del sindicalismo. Si el sindicalismo es la consecuencia organizada de la participación, de esa ciudadanía, de esa fuerza como trabajadores que teníamos.

Frente a esa crisis que nos planteó el campo a nivel internacional, y a esa crisis de retroceso y debilitamiento de la clase trabajadora, hubo alternativas diferentes.

Hubo quienes dijeron que lo mejor era integrarse al modelo, y entonces se transformaron en *empresas sindicales*. Empresas que entendieron que había que salvar al sindicato aunque se perdieran los trabajadores y que, obviamente, participaron en las administradoras del fondo y pensión privada, en aseguradoras de riesgo de trabajo, en acciones de empresas privatizadas. Como si esas empresas estatales y el capital social acumulado fueran de ellos y no del pueblo. Se transformaron y cambiaron su identidad. No sólo se visten como empresarios. No sólo piensan como empresarios. Son empresarios. Dejaron de entender que el sindicato es la organización de los trabajadores.

Pasó a ser el sindicato una *empresa* que ve a sus compañeros como *clientes*.

A los cuales hay que ganar como cualquier otra empresa del mercado. A esas estructuras no les fue del todo mal. Porque frente a ese retroceso se integraron y participaron en las perspectivas de este modelo que todavía tiene los resortes del poder sin duda alguna, en esa Argentina del sindicalismo único -yo también formé parte de la CGT- de una tradición histórica de mucho poder. Realmente entró en crisis.

Hubo otros que optamos por otras características. Nos dimos cuenta de que la realidad es más profunda, que la pérdida del poder de la estructura sindical o de la organización sindical hay que verla en la pérdida del poder del conjunto de la clase trabajadora.

Nos dimos cuenta que en nuestro país, el 72% de la clase trabajadora es precaria, contratada, clandestina, ilegal, desocupada.

Descubrimos que esa identidad de la clase trabajadora era la que estaba en riesgo. No sólo por lo que decían los mentores del fin del trabajo, sino también por la propia práctica. Los propios compañeros no se reconocían como trabajadores. A mí me costaba ir a las asambleas en los barrios y encontrarme con los compañeros que, para decir lo que hacían decían: *yo soy ex-ferroviario, yo soy ex-telefonico, yo soy ex-petrolero, yo soy ex-portuario*, no querían aceptar que seguían siendo trabajadores. *Habían sido* trabajadores.

La crisis llegaba hasta los propios compañeros. Había que ir a resolver esto seriamente, y por eso sí pensamos que una central de trabajadores en un país dependiente como el nuestro no puede sólo hablar de esa minoría selecta que todavía tiene trabajo y que puede discutir el salario, sino que además tiene que hablar en nombre del conjunto de la clase trabajadora y para eso hay que incorporarla. No pueden hacer más lo mismo que el sistema, decir que son excluidos, son jubilados, son desocupados. Y por eso consideramos que la mejor manera era recuperar la identidad de clase, como factor fundamental, a partir de dar una disputa con los sectores del poder y con los propios compañeros.

A mí no me convencen de que el fin del trabajo es posible. Nunca yo vi duplicarse un fajo de billetes a sí mismo, arriba de una mesa. Nunca lo vi.

Siempre tuvo que mediar trabajo humano, creación humana, esfuerzo humano; será apropiado por otros, pero es trabajo. Es el trabajo el único que sigue generando la riqueza de nuestro pueblo.

Necesitamos que el trabajo se distribuya de una manera diferente. Y aceptar esto nos llevó a hacer un congreso de trabajadores primero y después a constituir una central con la afiliación directa de todo aquel que se sienta trabajador, que viva de su trabajo, que haya vivido de su trabajo o que realmente quiera vivir de su trabajo. Cualquiera puede ser parte de la central, elegir directamente a sus autoridades. Democratización.

Porque para recuperar legitimidad de origen e ir a disputar a la sociedad la defensa de los intereses de nuestros compañeros, tenemos que tener representatividad.

Muchas veces -yo no sé si esto pase en México, pero por lo menos sí en nuestro país- los conflictos no se ganan o se pierden adentro del lugar de trabajo. Se ganan o se pierden en la comunidad. Se ganan o se pierden en un canal de televisión. Si no somos capaces de explicar claramente las propuestas que tenemos.

Nosotros en nuestro país tenemos hoy al final del mapa una mina de carbón: "Río Turbio". Esa mina quiso ser cerrada y realmente hoy todavía sigue existiendo en nuestro país, a pesar de la ecuación energética, del carbón y todo lo que decían los técnicos, porque además de paralizar y tomar la mina, los mineros estaban adentro, tuvimos el apoyo de dos pueblos durante los días que duró la toma, en la puerta de la mina.

Dos pueblos paralizados. Movilizados para defender esa mina. Se ganó con el concurso de la comunidad.

Hoy ganamos o perdemos un conflicto ahí. Y creo que eso nos llevó a pensar que había que recuperar la confianza de nuestros compañeros y tornarla en representación. Elección directa y autonomía. Autonomía de los partidos políticos, de los gobiernos y de los grupos empresarios.

Nosotros como trabajadores tenemos derecho a reconstituir nuestra fuerza y nuestra identidad, para enfrentar esta nueva crisis.

Porque esta crisis es distinta que la anterior. Ya pasó una década. Se acabaron los jolgorios del "pensamiento único"; siguen teniendo poder para aplicar las políticas pero ellos están en crisis igual que nosotros, aunque nuestras crisis son distintas.

La crisis de ellos es que pueden tener poder para aplicar las políticas, pero no convencen como antes. Antes habían convencido a muchos. Hoy no hay consenso en nuestros pueblos para estas políticas neoliberales.

Nuestros pueblos dicen: ¡basta! Esto no es la solución para el desarrollo de nuestra perspectiva, hay que cambiarla, aunque no sepamos cómo cambiarla,

aunque no sepamos por qué cambiarla pero realmente hay un alto grado de definición de ¡basta!

Y así cambian gobiernos.

Cambian gobiernos -y no quiero ser un agorero- pero en realidad lo que no cambia es el poder. Cambian gobiernos, y para llegar al poder, realmente hay que construir otro poder. Y esa sí es una crisis nuestra que hoy podemos salir a discutir con todas nuestras verdades y generar un consenso diferente.

En mi país había muchos compañeros trabajadores que creían en serio que íbamos al primer mundo. Cuando íbamos a la discusión de las privatizaciones había muchos que creían que entregando el petróleo, la luz, el gas, los teléfonos, íbamos a ir al primer mundo. No se daban cuenta que en realidad iba a ser el principio de la privatización, como hoy ocurre de la salud, de la previsión.

Porque ellos vienen por todo. Ellos vienen hasta por nuestras vidas.

Por eso no contemplan ningún tipo de invitación.

La crisis hoy es distinta. Hoy la mayoría dice que no, pero no sabe bien cómo cambiar esta realidad.

Es una crisis propositiva, que necesita recuperar no sólo la resistencia, sino empezar a construir propuestas alternativas.

Empieza un tiempo diferente, un tiempo que lo ganamos, que hoy este “pensamiento único” no pueda convencer al producto de la resistencia de nuestros pueblos, de aquí, de los mexicanos, de los brasileños, de las grandes movilizaciones del MST o del avance del PT, de lo que significan las luchas por la seguridad social en Europa, de lo que significaron las luchas en nuestro país, la Marcha Federal, las grandes *puebladas*, la Carpa Blanca de los docentes -que tuvo mucho apoyo desde los docentes mexicanos. Son todos ellos producto de la resistencia.

Nadie *nos regaló* ese no-consenso a esas políticas.

Pero es bueno resistir. Porque aquel que resiste necesita de lo nuevo, y es bueno y es imprescindible. También es importante empezar a pasar de la resistencia a la propuesta. Y en esta perspectiva es que hay que empezar y necesitamos construir alternativas superadoras, que empiecen a vislumbrar cosas diferentes. Y ahí sí yo me detengo a plantear que, en esta nueva etapa, empieza a haber señales.

Señales de que estamos empezando a mostrar que hay una reconstitución de la organización social-sindical. Yo no digo del sindicato. Porque para mí, somos los trabajadores los que estamos avanzando: estas rediscusiones son eso. Son organizaciones que vamos avanzando y que evidentemente empezamos a perfilar.

Nosotros, en la Argentina, empezamos a rediscutir un diseño de organizaciones en donde está la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat. Donde son los po-

bladores los tomadores de tierras, los compañeros despedidos, pero que están en los barrios. Red de barrios que se empieza a construir como organización.

Como antes decía Emilio: “No toman la tierra algunos desocupados. Las tomamos los trabajadores que realmente queremos resolver nuestros problemas”.

Y lo empezamos a reivindicar como clase trabajadora y como organización. Empezamos a darnos cuenta que ya el trabajador no está solo en el lugar de trabajo.

Yo pertenezco a una generación en donde el trabajo -por ahí discrepo un poco, pero se los voy a comentar-, yo entré a trabajar en Minería del estado. Porque mi padre era de Minería. Antes, en Argentina uno entraba para ser ferroviario durante toda la vida, para ser telefónico para toda la vida...

Uno era trabajador de una empresa para toda la vida. Hoy somos precarios para toda la vida. Ahora la mayoría de nuestros chicos no tiene ninguna posibilidad, y esa empresa que nos formaba y que nos hacía recuperar nuestra identidad de clase, no existe.

La nueva empresa, la nueva fábrica que hay que ganar, tiene que estar en el barrio. En los barrios donde están la mayoría de los miles y miles de trabajadores que no tienen conciencia de sus derechos. Y mucho menos tienen conciencia de ellos los niños.

La desocupación es un instrumento inventado. En esta dinámica del trabajo, es la tecnología el instrumento que sirve para quebrar la solidaridad de clase y la organización de clase.

Por lo menos en mi país, dos millones de desocupados, no son el problema solamente. El problema permanente es de los trabajadores. Porque existe desocupación no se pueden discutir los convenios colectivos; aunque figuren ahí, no se cumplen los derechos. En este momento, hay desocupados y existen siete millones y medio de precarios porque la gente acepta cualquier condición indigna, con tal de seguir consiguiendo un trabajo.

Hoy, se trabaja en mi país por 150, 200, 300 dólares por mes, sin horarios, sin ningún tipo de condiciones, porque hay desocupación. El instrumento de la desocupación es algo que afecta al conjunto de la clase trabajadora. Hasta gratis trabajan nuestros niños, con la promesa de llegar a tener un trabajo. Esta es la realidad.

Reconstituir esto es asumir que la desocupación es el principal flagelo que golpea al conjunto de la clase trabajadora y, yo creo, al conjunto de la sociedad.

El trabajo, la disputa por la generación del trabajo, la disputa como la razón de estado contra la desocupación. Cambiar este eje es lo que nos motivó a muchos sectores sindicales en el último congreso de la CTA: 8.400 delegados, durante dos

días de participación. Se discutía que veníamos de luchas sectoriales que nos enorgullecían, que veníamos de sectores diferentes, que teníamos todavía en la cabeza esa visión corporativa. Entendimos que la lucha contra la desocupación es lo principal que tenemos que dar como conjunto de clase trabajadora.

Por eso marchamos hace muy pocos días, en las calles de nuestro país, en las rutas de nuestro país. Yo vengo de protagonizar una marcha de 300 kilómetros que duró 15 días para promover el seguro de empleo y formación de 380 dólares y 60 pesos de salario universal por hijo, para que no haya un hogar pobre en la República Argentina. Que es lo que afecta seriamente a la posibilidad de reconstituir poder para las organizaciones sindicales y al conjunto de la comunidad.

Si no atacamos ese flagelo principal -que es lo que nos llevó a este modelo perverso, sin duda alguna- vamos a seguir contando derrotas. Y yo creo que estamos en un tiempo de empezar a ganar batallas, y que éstas necesitan empezar a mostrarse como opciones.

Hace pocos días se ha convocado por primera vez a un encuentro en el Mercosur, en el Cono Sur, de dirigentes sindicales, pero no de las conducciones que conformamos las centrales, sino de dirigentes sindicales que venimos juntándonos, que hemos resistido en nuestros países y que hoy salimos a juntarnos para avanzar en una política de integración diferente, que nos permita enfrentar esto que se nos viene a todos.

Desde México para abajo que es o tiene por ejemplo, el di-símbolo que va a haber en Buenos Aires.

Jamás se animaron a hacer algo así los sectores del poder.

Se van a encontrar en abril todos los ministros de economía del continente para aprobar el Tratado de Libre Comercio, y aprobar seriamente los pasos a seguir para terminar siendo hoy parte de la pérdida de la soberanía de nuestros países, en aras de este gigante que creció en el norte y que, como alguna vez dijo Simón Bolívar, “nos iba a terminar devorando a todos”.

Esta es la realidad: los países del Mercosur nos estamos juntando para movilizarnos en el Cono Sur, ya no sólo en nuestros países, sino también en aras de una dinámica común. Necesitamos mayor integración, mayor comunicación para organizar no sólo a los trabajadores desocupados, a los precarios, sino incluso para imaginar nuevas formas organizativas.

Hoy una empresa tiene la facilidad de dirigir a dónde va para explotar porque tiene lugares donde los políticos ofrecen las mejores condiciones de explotación de sus pueblos.

¡Hasta compiten para saber quién ofrece mejores condiciones, jugando la vida de nuestros compatriotas!

Necesitamos organizaciones regionales e internacionales que sean capaces de recuperar un proyecto diferente, no sólo en nuestros países, sino también para el mundo.

Creo que está planteado por primera vez -no por casualidad- en enero próximo, en Porto Alegre, el Foro Social Mundial, en donde nos vamos a encontrar con experiencias y propuestas de resistencia. En ese lugar donde sí se encontrarán los sectores de los gobiernos y donde seguramente concurrirán y se pelearán los representantes políticos de nuestros países para ver qué dicen los sectores del verdadero poder financiero. Empieza a vislumbrarse una nueva etapa de la crisis.

Yo creo, compañeras y compañeros, que después de una década donde se decía que el mejor sindicato era el sindicato muerto para los patrones y los grupos económicos del poder.

Cuando se afirmaba el fin del trabajo, vemos que estamos vivos y vemos que estamos resistiendo y pasando a una etapa diferente. Dependerá de nosotros si somos capaces de abrir nuestras cabezas y también nuestros corazones para empezar a entender que reconstituir nuestro poder tiene que ver con organizar a nuestra gente.

Termino con lo siguiente.

Hay una gran incredulidad en nuestra gente, en nuestros compañeros. Incredulidad en muchos políticos, en dirigentes sindicales. A mí no me preocupa mucho: más bien me preocuparía si creyeran en algunos políticos y algunos dirigentes sindicales que, realmente, son lamentables.

Mi preocupación es que con la excusa de no creer terminan sin creer en ellos mismos. Terminan creyendo que no vale la pena ser solidarios, organizarse, ser protagonistas, pelear por su libertad, por su derecho que le corresponde.

Este es nuestro problema. Nuestro problema no es convencer a los dueños del poder de que tienen que modificar y abrir las puertas para que nosotros podamos ir encontrando caminos e ir viendo cómo se sobrevive mejor. Eso lo vamos a hacer.

Esa es la pelea.

Esa es la resistencia.

Nuestro desafío es empezar a convencer a nuestros compañeros de que la única manera de poder cambiar esta situación y transformar la sociedad es volver a creer que es posible, y volver a creer en que la única fuerza está en nosotros.

Y desde esa perspectiva, es la crisis que vale la pena enfrentar, porque es la crisis que realmente puede resolver los problemas de nuestros pueblos.